

RECENSIONES

HENRY A. KISSINGER: *Nuclear Weapons and Foreign Policy*. Publicación del "Council on Foreign Relations". Nueva York, Harpers & Brothers, 1957, 463 págs.

La guerra termonuclear viene presentándose estos últimos años como la gran amenaza para el mundo. Y, no obstante, parece como si las Superpotencias estuvieran decididas a desencadenarla, aunque como último medio para dirimir su lucha por el dominio del mundo. Pero la verdad, es que se trata de meras apariencias. La guerra termonuclear sólo es posible que se produzca por error, causado éste por el miedo. La pugna soviético-norteamericana no puede ser resuelta mediante una guerra general, necesariamente termonuclear al comienzo o al fin.

Y la Unión Soviética conoce ciertamente la imposibilidad práctica de llegar a tan inquietante situación. Por eso, sin dejar de cuidar su preparación termonuclear, ha elegido una vía nueva para tratar de decidir a su favor la pugna planteada: la de la guerra psicológica, entendida como forma novísima de guerra global que persigue el sometimiento total del enemigo a la voluntad propia, utilizando para ello contra él medidas operativas de naturaleza no militar, sino políticas y económicas, para lo cual se dispone la acción propia de manera que consiga el derrumbamiento del enemigo mediante la desmoralización y desunión causada por la propaganda dirigida y su aislamiento y abandono merced a un método alternativo de seducción y de amenaza, de tracción y de subversión en países neutrales y aliados del enemigo.

Los Estados Unidos, en cambio, no están preparados—y tal vez constitutivamente no puedan estarlo por las limitaciones que le imponen su régimen político y su filosofía social—para adoptar tal nueva for-

ma revolucionaria de guerra, e incapaces así de mirar al futuro tienen que volver su vista al pasado, y en él encuentran una antigua forma hélica que pretenden resucitar: la de la guerra limitada.

Esta vuelta a la guerra limitada es la que, en síntesis, aconseja el Dr. Kissinger en su obra, que no dudamos en conceptuar como la más importante contribución occidental sobre la gran estrategia de la guerra moderna desde un punto de vista clásico.

Cierto que el autor norteamericano se da perfecta cuenta de que los actuales medios de destrucción en masa han multiplicado inimaginablemente el poder de ataque no sólo militar sino político y psicológico, advirtiendo (página 10) que "la edad de la bomba de hidrógeno es también la edad de la subversión interna, de la intervención por "voluntarios", de la denominación por medio de la guerra política y psicológica"; conoce profundamente la doctrina soviética y china de la guerra revolucionaria (a cuya exposición dedica un excelente Capítulo de su obra, el 11—páginas 316—361) y, sobre todo, se percata de lo inimaginable que resulta el desencadenamiento de la guerra general termonuclear (especialmente en Capítulo 3, páginas 65-85).

Pero Kissinger no por ello se decide a embarcarse en una ruta que supondría necesariamente el echar por la borda mucho lastre político-constitucional que no es ya sólo hoy inservible, sino que constituye un verdadero impedimento para llegar a buen puerto. Se limita a proponer un cambio de estrategia militar: la vuelta a la guerra

limitada, acaso demasiado influido por la experiencia coreana, no obstante ver nitidamente los grandes errores que los norteamericanos cometieron en tal ocasión, si bien en buena parte por las trabas que les pusieron sus aliados europeos.

Claro que hoy es posible la existencia de guerras limitadas, que pueden repartirse en tres grandes categorías: 1.ª Guerras entre Potencias secundarias (Israel y Egipto); 2.ª Guerras o más bien intervenciones de las Superpotencias en sus respectivas zonas de influencia o dominación (Estados Unidos en Guatemala, la Unión Soviética en Hungría); 3.ª Guerras entre Grandes Potencias y pequeñas Potencias (Gran Bretaña y Francia contra Egipto, China contra Corea del Sur). Estas tres clases de guerras se han producido en plena era termonuclear, y ninguna ha conducido a una guerra general.

Mas Kissinger cree que a este trípico de guerras limitadas puede añadirse una cuarta categoría: la de una guerra limitada que comience explícitamente como una guerra entre las Superpotencias. "This is obviously the most explosive situation" (página 138). Mas, con todo, esta guerra puede ser una guerra limitada.

Ahora bien, ¿qué debe entenderse hoy por "guerra limitada"? Para Kissinger no puede definirse lo que sea una guerra limitada en términos puramente militares. "La característica de una guerra limitada... es la existencia de reglas que definan las relaciones entre los objetivos militares y políticos" (página 140). "La guerra limitada es esencialmente un acto político. El rasgo que la caracteriza es que no tiene una solución "puramente" militar. Por esta razón es necesario que los dirigentes políticos asuman la responsabilidad de definir el marco en el cual los militares deben desarrollar sus planes y capacidades... El requisito previo de una política de guerra limitada es la reintroducción del elemento político en nuestra concepción de la guerra y el abandono de la noción de que la política termina cuando la guerra comienza o que la guerra puede tener objetivos distintos de los de la política nacional" (página 141).

Pues bien, para el autor norteamericano no son las armas termonucleares que poseen los Estados Unidos y la amenaza de su empleo, que es una falsa amenaza salvo en el caso de legítima defensa, sino la guerra limitada el único medio para impe-

dir a la Unión Soviética la invasión de las regiones periféricas de Eurasia. Mas esto, con una excepción: "Algunas regiones pueden ser juzgadas tan importantes para uno de los antagonistas, que serán protegidas por la idea del adversario de que todo ataque contra ellas provocará una guerra general." No es necesario decir que estas regiones son las de la Europa occidental, "llave de Eurasia" (página 268). Por eso Kissinger dedica un Capítulo especial a la estrategia norteamericana y la O.T.A.N. (Capítulo 9, páginas 269-315).

Con lo anteriormente expuesto, se comprende bien que Kissinger siga considerando que el programa de armas termonucleares debe seguir siendo el principal en la estrategia norteamericana, pero asimismo hay que entender que este programa de defensa no basta. Es preciso pasar a una ofensiva mediante la guerra limitada.

Y esta guerra es limitada no ya por la zona determinada en que se libre, sino sobre todo, porque con ella no se aspira a lograr una victoria total, una rendición incondicional del enemigo. Mediante la guerra limitada ciertamente se trata de imponer la voluntad propia al enemigo, pero no el destruirlo. Por eso debe dejarse abierta la posibilidad de escoger entre una solución diplomática y la continuación de una guerra que se le haga cada vez más costosa. De aquí la enorme importancia de una acción diplomática dinámica, sin la cual el empleo de la fuerza es estéril. Guerra limitada y diplomacia apropiada, o sea el uso de la fuerza con discriminación, viene a ser la consigna acaso más fundamental de esta importante obra.

Y, desde luego, estamos conformes con esta tesis de Kissinger. Incluso la hemos enunciado al mismo tiempo que el autor norteamericano, al examinar en febrero de 1957 la intervención soviética en Hungría y la que juzgamos necesaria contra intervención occidental. Tal vez sea interesante, para mostrar esta nuestra coincidencia, el que reproduzcamos un párrafo que entonces escribimos: "Si los Estados Unidos deben intervenir en un conflicto armado —como lo han hecho en Corea y lo han debido hacer en Hungría—, es preciso que intervengan con objetivos limitados y concretos para llegar a una paz de compromiso que restaure el equilibrio de fuerzas esencial, pero logrando favorablemente el objetivo concreto. Se trata, en definitiva, de volver al viejo concepto y a la antigua

práctica de la guerra limitada, abandonando la nefasta idea de la guerra total y la catastrófica de la guerra global. Bien entendido que incluso la posesión de armas atómicas y termonucleares no sólo no impiden el emprender hoy a las Superpotencias guerras limitadas, no sólo por intermediarios sino aún directamente, sino que pueden facilitarlas. Para ello es preciso rechazar la teoría y la práctica de la victoria total, que es la que ha exigido la guerra total. Guerra limitada es la que se hace para alcanzar objetivos específicos y concretos, y empleando fuerzas armadas en relación con los objetivos a conseguir, es decir, no buscando la aniquilación del enemigo o su rendición sin condiciones, sino ofreciéndole la oportunidad de abandonar el objetivo concreto, reajustando el equilibrio de fuerzas fundamental. Y así incluso las armas termonucleares pueden servir como garantizadoras de que no se llegará a la guerra global y total, por la seguridad de la inmediata *massive retaliation*." (En el volumen IV de *La guerra moderna*. Página 133. Zaragoza, 1957.)

Mas aparte esta idea de la vuelta a la guerra limitada, que reiteramos acaso sea lo más fundamental de esta obra de Kissinger, digamos sucintamente que en ella se encuentran una serie de temas no menos interesantes relacionados con la actitud y los métodos que los Estados Unidos deben adoptar en el despliegue de su política internacional y un examen de los que desarrolla la Unión Soviética.

La obra se divide en tres partes: en la primera, "Los problemas de la supervivencia", se expone el desafío de la era nuclear y el dilema de la seguridad americana; en la segunda, "Tecnología y estrategia", se estudian los efectos de las armas nucleares, la estrategia esotérica y los principios de la *all-out war*, los problemas de la guerra limitada con armas convencionales y nucleares y la diplomacia, el desarme y la limitación de la guerra, y en la tercera y más extensa parte, "Estrategia y política", se analizan el impacto de la estrategia en los aliados y en los neutralistas, la estrategia norteamericana y la O.T.A.N., la estrategia de la ambigüedad (la chino-soviética), la Unión Soviética y el átomo, para terminar resaltando la necesidad de que los Estados Unidos adopten una doctrina estratégica nueva. Finalmente, en las veinte últimas páginas de este volumen presenta Kissinger una excelente bibliografía sobre las materias de que trata en su obra, con unos juicios en pocas líneas sobre cada uno de los libros citados.

En definitiva, *Nuclear Weapons and Foreign Policy* es una obra muy importante, que, seguramente, expresa algunas de las doctrinas estratégicas imperantes en el Pentágono, aunque no en el Departamento de Estado norteamericano.

LUIS GARCIA ARIAS.

PHILIP W. BUCK y MARTIN TRAVIS, JR., editores: *Control of Foreign Relations in Modern Nations*, Stanford University, 1957, XIV más 865 págs.

Las ideas no son hechas para ser pensadas, sino para ser vividas: A. Malraux. *Problema bien planteado, está a medio resolver*: Joaquín Costa.

Estos dos pensamientos nos han venido a la memoria como reflexión de la lectura de la obra presentada en esta sección. ¡La dirección de las relaciones internacionales: buen tema para la exégesis y la discusión!

La distribución del volumen es la siguiente: Introducción: problemas en la conducción de las relaciones internacionales (por Quincy Wright); los Estados Unidos de América (por Martín B. Travis,

Jr.); Iberoamérica (por Luis Quintanilla); el Reino Unido (por Philip W. Buck); los cuatro Dominios originales de la Commonwealth (por J. D. B. Miller); los miembros asiáticos de la Commonwealth (por Arthur C. Turner); Francia (por Graham H. Stuart); Holanda (por Manfred C. Vernon); la U.R.S.S. (por David Th. Cattell); Japón (por James T. Watkins y Kazuo Kawai); el futuro en el manejo de las relaciones internacionales (por Quincy Wright).

En el libro aparecen bibliografías de subido interés, mapas y gráficos. En esta clase de estudios, una y otros se revelan

RECENSIONES

como un imprescindible elemento de trabajo, complemento del texto.

* * *

A modo de divisa del estudio comentado, empezaremos por citar unos esclarecedores pensamientos contenidos en el mismo. Dentro del epígrafe general de los problemas relativos a la conducción de las relaciones exteriores, señalaremos las premisas pertinentes. Fijemos la atención en las palabras recogidas en la página diecisiete: *Los Estados difieren grandemente respecto a la extensión, recursos, comercio, industrialización, riqueza, acceso al mar, vulnerabilidad al ataque, población, homogeneidad cultural, educación, religión, estabilidad política y moral. Parejamente, las condiciones generales del mundo... cambian con relación a la comunicación transnacional, al viaje, al transporte, a la tecnología militar, a la ideología política y a las tensiones sociales; y a la organización internacional y regional. Tales cambios nunca han sido más rápidos que en el siglo veinte. Para todo Estado, los objetivos de la política y los medios para alcanzarlos son afectados por tales condiciones—no directamente, sino indirectamente, según interpreten los artifices de las decisiones el significado de las cambiantes condiciones en la definición de los intereses nacionales y los medios para llegar a ellos—.*

Y tales explícitos asertos se palpan, vivamente, en cada uno de los temas de la dinámica interestatal contemporánea.

Eso es lo que pretendemos esbozar en esta nota bibliográfica, destacando unos cuantos perfiles entre los diferentes enunciados, a fin de presentar el núcleo, la filosofía—cuando no la moraleja—del manejo de las relaciones internacionales en nuestra era.

* * *

Comencemos por extraer unas cuantas ideas-clave de la concepción internacional del único Estado modesto estudiado individualmente en esta obra: los Países Bajos.

Véase cómo para Holanda—a través de las valoraciones de J. Barents—la política exterior del país no está dictada por él, ni aun por las políticas de las grandes Potencias, sino por el desenvolvimiento de las fuerzas mundiales. Y conscientes de las singularidades de la nueva época, los Paí-

ses Bajos han estimado que una Europa Unida es la única solución posible al problema alemán y a la defensa contra las amenazas soviéticas. (Recuérdese la declaración del Ministerio neerlandés de Asuntos Exteriores hecha el 17 de diciembre de 1953.)

Ahora bien; para una opinión holandesa, la integración política no puede existir sin integración económica. De ahí el interés neerlandés por el *Benelux*. La "Swiss Review of World Affairs" afirmaba en su número de febrero de 1956, que en Holanda siempre ha existido una considerable ansia por la creación de la *Unión Benelux*. La realidad es que, como se señala en este libro, "el *Benelux* ha estado edificándose firmemente, paso a paso". (V. pág. 609.)

* * *

En el marco de las *superpotencias*, anotemos que, al abordar el tema de la U. R. S. S., se hace hincapié sobre la existencia de los factores determinantes de la política rusa—uno de los más importantes, su posición geográfica—, consignándose la conjunción de los hábitos y las tradiciones de los zares con las nuevas inclinaciones. Prueba palpable de ello: la cuestión de los Estrechos turcos (propensiones del Zar Nicolás y de Stalin).

Mas, por nuestra parte, anotemos que aquí no estaría de más tocar el problema *Rusia y las aguas calientes*—consignado por una pléyade de escritores (Kerner, Cressey, Bowman, Gooch, Padelford y Lincoln, etcétera); pero estimado como una *beautiful simplicity*, por John A. Morrison, en 1952); por más que en estas materias se presencia una orientación revisadora: reacción contra la simplificación de las conclusiones de la tesis de Mahan (por A. T. Church, en "U. S. N. I. P.", septiembre 1954); apreciación *realista* de las ideas de Mackinder (por W. Gordon East, en 1950); etc.—.

* * *

Fijando nuestra vista en las *Comunidades colaborantes*, observemos que la Commonwealth es estudiada como un activo elemento en los campos político y económico. En este punto se alude a la inclinación del Canadá y de Australia a servir de mediadores entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos; y al incierto futuro de la conexión *Unión Sudafricana-Commonwealth*.

Puede apreciarse que en el volumen re-

RECENSIONES

señado se dedica un capítulo a los cuatro Dominios primeros en la estructura de la Mancomunidad y otro a los miembros asiáticos de la misma. No debe haber motivo de extrañeza o de estupor. Se habla de la segunda generación de los Dominios (René Sersoise, etc.).

* * *

Se resalta el origen económico del Panamericanismo. Se citan los obstáculos a la expansión de la democracia en Iberoamérica—las condiciones económicas (atención sobre la pobreza); y el militarismo—. Se indica el sentido unilateral de la *Doctrina de Monroe* y del Panamericanismo. Y se advierte que los iberoamericanos “creen en la amistad, no en la servidumbre”. (El asunto sigue aprisionando una real actualidad. Reciente está la interesante conferencia de Jaime Peralta Peralta, en el Instituto Chileno de Cultura Hispánica, sobre *España, Potencia americana*. En ella es enjuiciada serenamente la significación de la trabazón panamericana y de la *Doctrina de Monroe*.)

Otros temas íntimamente ligados a la existencia iberoamericana quedan recogidos en el trabajo de la Universidad de Stanford: *Doctrina Tobar, Doctrina Velasco Ibarra, Doctrina mejicana* sobre la intervención, perfiles recientes de la cuestión de la soberanía sobre el Canal de Panamá, asunto de Guatemala. En torno a algunos de ellos se aportan nítidos juicios. Así, respecto al asunto de Guatemala se nos viene a decir lo siguiente: “Por encima de lo bien intencionados que hayan podido ser los objetivos de los Estados Unidos, éstos fueron criticados en Iberoamérica y en Europa, a causa de los procedimientos empleados.” (V. pág. 148.) Para algunos hay más. (Citemos un testimonio estadounidense: David L. Graham, *Has Intervention in Guatemala Paid Off?*, “New Republic”, 16 septiembre 1957, pág. 9. Referencia nuestra.)

* * *

¿Qué precisiones se dan acerca de las tierras asiáticas?

Interesantes sugestiónes ofrece la parte consagrada al enfoque del Japón. En ella se consigna la militarización del Gobierno del país (en la década 1931-1941); se destaca el carácter autoritario del sistema gubernamental

del Japón del tiempo de la guerra, y se suministran las razones en contra de la existencia de un Gobierno totalitario nipón (las peculiaridades de la sociedad japonesa: con sus *interacting groups*, nunca puede ser completamente regimentada o disciplinada bajo una única dirección: aquí nótese la latente oposición del entramado “industriales—burocracia—, grupos moderados de la Armada a los militaristas del Ejército).

Desde luego, un pensamiento expresado en la obra recensionada es que ante los significativos elementos de poder retenidos por el Japón—desde su posición geográfica a su nivel intelectual—, parece que en el futuro previsible continuará siendo un notable centro de potencia en el área del Lejano Oriente, si bien es afirmado—de modo parejo—que probablemente está destinado a ser oscurecido por China y por la India.

En todo caso, algunos de los objetivos de la política exterior nipona iniciada con el Tratado de San Francisco, se vinculan lógicamente y directamente al mundo oriental: mejoramiento de relaciones con China y el SE. de Asia. (“Ningún arreglo en el Este de Asia puede ser permanente sin la participación del Japón como Potencia principal”; Walter Lippmann, *El resurgimiento del Japón*, en la prensa española del 18 de septiembre de 1955. “Nuestra cita” es apropiada al caso.)

* * *

Y venimos, que según se advierte en esta obra, China y la India aparecen en Asia como los símbolos de dos soluciones para los problemas del desenvolvimiento económico. La competición entre un Gobierno comunista y una democracia parlamentaria son observados por la opinión asiática. (No es la primera vez que leemos tal consideración y que reparamos en ella, en atención al lector).

Ahora bien, conviene estar al tanto de ciertas realidades. En el libro comentado se piensa que, aproximadamente, son necesarias tres generaciones para pasar de una mentalidad de población rural a un sistema de vida basado en la máquina. (Vid. página 818, nota 15.)

Entre otras valoraciones se advierte cómo China no está “atada” por las directrices moscovitas (asunto siempre del día); y se apuntan ciertas singularidades de la escena política india (las tendencias del Partido Socialista y del Mahasabha). El Pakistán es

entrevisto a través de los puntos normales: tensión entre las porciones oriental y occidental del país; papel de la religión musulmana en la vida del Estado; falta de espíritu nacional; relevante papel del Ejército y de la burocracia; la pérdida de personalidades políticas; las cuestiones de Cachemira, de las zonas triviales y de las aguas del Indo.

A veces se hacen interesantes reflexiones. Así, cuando se nos dice que hasta la primavera de 1956, Ceilán sólo tenía un Partido digno de mención: el *United National Party* de Sir John Kotelawala.

* * *

En las nuevas facetas del actuar internacional, se registran "las dificultades del esfuerzo estadounidense en la propaganda extranjera" y se alude a la guerra "psicológica" y a la "guerra política". Recogiéndose, como una prueba, la opinión de Edwin O. Reischauer en torno a una política asiática, los pactos de seguridad son menos efectivos que el desarrollo económico, demasiado lentos y costosos en este área, propaganda y educación pueden rendir más.

No se duda en insertar el criterio de Kenneth Ingram acerca de la importancia de la "interacción de las políticas de los mayores contendientes en la "guerra fría", el categórico factor en la creación de la situación internacional contemporánea. (Reclamamos la atención del lector hacia la "teoría de la convergencia de los dos sistemas", a la que aludimos en nuestro trabajo *¿Fin del bipolarismo? ¿Una nueva organización internacional?*, en el volumen homenaje a don Camilo Barcia Trelles, Zaragoza, 1958. No podemos permitirnos insistir sobre la cuestión.) E incluso se menciona el vaticinio de que la política exterior de los Estados Unidos pueda embarcarse, otra vez, por los años "sesenta", en una fase de introversión...

* * *

Pero, por encima de todo, nos es dable asistir a un par de evidencias indubitables e insoslayables, perfiladas en la obra de la *Stanford University*: el desenvolvimiento de una estrecha cooperación universal en terrenos no-políticos (de la salud a la asistencia técnica), sin distinción entre amigos y enemigos políticos, hacia la edificación de la Comunidad mundial—particularidad men-

tada por Wright—, y el panorama de "tablas atómico", capaz de forjar una situación en la que pueden aumentar en efectividad las organizaciones internacionales.

Y, a tono con esos rasgos, se habla de un "nuevo Derecho Internacional" y de una "nueva Diplomacia"; se cita la valía del Instituto Real de Asuntos Internacionales—no un grupo de presión, sino una fundación de investigación; pero con influjo sobre funcionarios del Gobierno como sobre una influyente sección de la opinión pública—, y se indican los análisis, objetivos e independientes, de comentaristas internacionales, como James Reston, Hanson Baldwin y Walter Lippmann.

* * *

¿Se necesitará un "nuevo espíritu" en un universo bajo la sombra de satélites, de la automatización y de los Estados-continentes? Para algunos, sí. De Luis Quintanilla son las aseveraciones que van a continuación: "Un diplomático del ya maduro siglo xx debe aprender a pensar y actuar en términos de intereses mundiales, y no de política nacional solamente. Si bien en tiempos una misión principal del diplomático fué la de fortalecer el poder individual de su país y asegurarse aliados a fin de obtener ventajas nacionales de carácter estratégico, el nuevo diplomático debe convertirse en un abogado de la Humanidad como un todo, así como un portavoz de su país, y presumir la existencia de intereses básicos comunes a "todos" los Estados y a "todos" los pueblos. La diplomacia moderna debe especializarse en conciliación mejor que en controversia."

¡Acertadas expresiones propicias a la meditación!

Mas no olvidemos que en este mismo libro se lee lo siguiente: "En el imperfecto mundo en que vivimos, con frecuencia negociar meramente no es bastante. Parece ser necesario negociar desde la fortaleza."

En fin, urge la lectura de libros como el reseñado. (Únicamente dejaremos establecida la conveniencia de que se hubiera atendido con mayor detenimiento la representación de las "naciones modestas". Así, la inserción de Holanda—¿a modo de modelo?— queda un tanto descabalada.)

En nuestro tiempo ha de comprenderse que las cuestiones de la conducción de las relaciones internacionales no son materia

apta para la improvisación y los malabarismos. A fin de cuentas, lo que ha de tenerse bien presente es esto: *Política mundial en la edad atómica*. (Vid. la conferencia bajo

ese rótulo, de Hans J. Morgenthau en la Universidad de Jerusalén, en la primavera pasada.)

L. R. G.

MERRY ET SERGE BROMBERGER: *Les secrets de l'expédition d'Egypte*, Editions "Les Quatre Fils Aymon", París, 1957, 269 págs., 1 mapa, 8 fotografías.

BERNARD LAFRESSE: *Le Bilan de l'équipée d'Egypte*, Editions "Les Quatre Fils Aymon", París, 1957, 158 págs.

Copiosas y variadas obras suscitó el tema del Canal de Suez, en parte por la complejidad del problema que planteó en su día, en parte, porque rápidamente esa cuestión desbordó de su cuadro primitivo, que era de Derecho Internacional privado, para instalarse y hacer de las suyas en el terreno de las pasiones confundidas con la política. Fué en este terreno donde se planteó la expedición franco-inglesa, esencialmente inspirada por el llamado "complejo de Munich", ya que uno de los tópicos que más éxito tuvo en aquel tiempo fué equiparar el General Nasser, a Hitler.

De esa nutrida bibliografía destacó, poco después de la operación de castigo trabajosamente montada contra Egipto, la obra de los hermanos Bromberger. Tuvo mucha audiencia allende los Pirineos. Llega con retraso a nuestras manos. Tal vez por este motivo nos ha defraudado un tanto su lectura, al extremo de explicarnos su gran éxito, en parte por su título llamativo, en parte por su estilo periodístico. Porque secretos, lo que se llama realmente secretos, no descubre muchos esta obra que se ajusta a la versión oficial que dieron los gobernantes socialistas de Francia. En aquella época, el más superficial observador del Próximo Oriente estaba al cabo de la calle de la ayuda prestada por la IV República a su amiga Israel, como se sabía que el Gobierno socialista de Mollet y el conservador inglés, presidido por Mr. Eden, se disponían, en amigable compadrazgo, a actuar de bomberos en un incendio por ellos provocado, en particular por Francia. Porque los dedos se les hacían huéspedes a los socialistas y a los conservadores para dar una "réplica" contundente al "golpe" de Nasser, de julio de 1956. Que la máquina bélica tardara tres meses en ser engrasada y puesta en condiciones de funcionar—episodios estos ampliamente relatados con datos y cifras en *Les secrets de l'expédition d'Egypte*—son extre-

mos que excitan la imaginación del lector de la calle, pero que, en modo alguno, satisfacen al deseo de llegar a la hondura del problema, que es saber el fundamento jurídica-político de la expedición. Estos detalles provocan a lo sumo una sonrisa, en particular cuando la propaganda soviética hace hincapié en los peligros de "un ataque por sorpresa" provocado por el bloqueo occidental. ¿Dónde estuvo la sorpresa en este caso? Acaso en las Cancillerías donde existe una lamentable propensión a desempeñar el papel de marido de vaudeville, pues es evidente que no se pudieron disimular los movimientos de tropas y barcos tomando a Chipre por base operacional. Es cierto que los estrategas y políticos franco-británicos adoptaron todo lujo de precauciones para preparar su venganza—plato que se come en frío—. Sobre el particular, la obra reseñada facilita una serie de noticias que van desde la preparación de la primitiva operación "Amílcar" hasta la ejecutada, llamada "Mosquetero". Es hasta un poco cómico el episodio de las entrevistas secretas de los estrategas franco-británicos en un *bunker* debajo del Támesis, en pleno agosto y sudando la gota gorda. Al cabo de cincuenta días de preparativos, se produjo el parto de los montes, no sin que antes tuviera lugar lo que los autores de la obra califican de "Polémica de Estados Mayores en la isla de Homero", por cierto, principalmente motivada por la descarada judeofilia del aliado francés, sobre cuya ayuda a Israel, los hermanos Bromberger facilitan noticias concretas y detalladas con satisfacción. En cuanto a la guerra de Egipto propiamente dicha, abunda en rasgos pintorescos, comadreo, pinceladas ocurrentes y noticias de hechos gloriosos, sin que los autores se detengan a considerar, fría y objetivamente, lo que hubo de inoportuno e inoperante en aquella decisión franco-británica, en esa breve *entente* que terminó como el rosario de la aurora, echándo-

se los dos aliados las culpas de la aventura y el fracaso. Por lo demás, los pequeños o grandes secretos—es muy relativa y subjetiva la importancia de los secretos de este tipo—se descubren al lector con aire de maliciosa complicidad, pero en el cuadro conformista de la versión gubernamental francesa de los acontecimientos. Ello resta interés a la obra, pues aparte algunos puntos secundarios revelados en la misma, no aporta elementos nuevos para enjuiciarme la aventura franco-británica. En efecto, MM. Mollet, Pineau y Bourghès-Maunoury del lado francés y, del lado inglés, el *Premier*, Eden, hablaron antes y después de la expedición del “golpe” de Nasser, de la necesidad de defender “la libertad de navegación por el Canal” (que Egipto no había puesto en tela de juicio), de los derechos de Israel a utilizarlo (cuando Israel jamás lo había utilizado), etc. La prensa francesa orquestada por la dirección socialista del país, había repetido a saciedad estos argumentos especiosos. De ahí que con todos los respetos por el esfuerzo informativo realizado por los hermanos Bromberger no concedamos a esta obra, pese al ruido que hizo, categoría superior a la que se puede conceder a una serie de artículos escritos a vuela pluma por un corresponsal de prensa avisado.

No diremos otro tanto, sino todo lo contrario, de una obra modesta en sus proporciones, pero nutrida de argumentos y razones, objetiva, inteligentemente construida y muy enjundiosa que publicó poco después de *Les secrets de l'expédition d'Egypte*, de Bernard Laforesse, cuyo subtítulo “Lo que no han podido decir los hermanos Bromberger”, da la tónica exacta de su contenido.

No piense el lector que Bernard Laforesse adopta un tono doctoral y pedante para completar y rectificar la obra de los hermanos Bromberger. Porque el mérito esencial de esta obra es, en nuestra opinión, deshacer de un papirotazo el andamiaje oficial de la expedición a Egipto que los autores de *Les secrets de l'expédition d'Egypte* se aplicaron a cubrir con un estucado periodístico. El tono general de la obra es de agudísima ironía, lo cual implica un conocimiento profundo de la cuestión y de sus aspectos jurídicos y políticos. Por la jungla de lo jurídico-político, Bernard Laforesse se pasea con tanta inteligencia y conocimiento de causa, como gracia. Así, en el primer capítulo de la obra, titulado “Las siete mentiras capitales” (el llamado golpe de fuerza

de Nasser, la necesidad de defender la libertad de navegación por el Canal, el derecho de Israel a utilizarlo, la necesidad de proteger el Canal de la destrucción como consecuencia del ataque de Israel a Egipto, etcétera) se pone de manifiesto el nulo fundamento jurídico de las reacciones franco-británicas, así como la serie de contraviedades que la propaganda utilizó para justificar una decisión peor que malvada, completamente tonto dado el contexto internacional (actitud de Estados Unidos y de la U. R. S. S. en particular). Este último extremo se precisa singularmente en el capítulo titulado “Una guerra perdida por adelantado” en que el autor, bien pertrechado de argumentos contundentes, arremete contra la incapacidad de los gobernantes franco-británicos, sobre todo de los llamados “Mosqueteros” (Mollet, Pineau y Bourghès-Maunoury).

No todo es crítica destructiva en esta obra, desde luego radicalmente opuesta a los capostotes de la IV República y a su desastrosa actividad para los intereses de Francia. El último capítulo está enteramente dedicado al Próximo y Medio Oriente, considerando sus problemas actuales y los antecedentes de los mismos, así como las posibilidades de futuro que brinda esa región a una política francesa no dominada por la pasión, sino por la voluntad de sacar para el país las máximas ventajas de situaciones de hecho que no pueden modificar los ataques de ira ni los discursos dignos y tontos de ciertos dirigentes galos. En este aspecto, Bernard Laforesse hace especial mención de las posibilidades de influencia francesa basada en su acción cultural, muy honda y extendida en países como Egipto, Siria y Líbano. “Eliminada físicamente del Oriente Medio, Francia podía conservar allí un prestigio análogo (al de España en hispanoamérica) e iniciar la carrera para la conquista pacífica de los países “descolonizados” con un avance apreciable.” Estimamos que las perspectivas que señala Bernard Laforesse presentan un positivo interés, no sólo para Francia, sino para el mundo occidental, por significar una adaptación a la escueta realidad, es decir, inteligencia.

La obra toda, escrita con insuperable amenidad, sencillez y finura, con auténtico *esprit*, se nos aparece una de las lecturas más provechosas que pueda hacer un curioso no sobrado de tiempo—e incluso el especialista—para tener sobre la cuestión del

RECENSIONES

Canal de Suez ideas claras y objetivas que se aparten de los tópicos de la propaganda destinada a la masa y que, ¡ay! en estos tiempos de "masificación" no dejaron de ser adoptados por minorías cuya misión es "desfacen" patrañas y no ver las cosas con los ojos de los profesionales de la política. Es precisamente lo que ha hecho Bernard

Laforesse en *Le Bilan de l'expédition d'Egypte* que, pese al tiempo transcurrido desde la aventura franco-británica, sigue siendo de actualidad en nuestra opinión por ser, entre otras cosas, una lección de buen sentido y cartesiana lógica.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA.

